

Antropología, espionaje y contrainsurgencia. Los debates sobre la ética en la antropología norteamericana de la década del sesenta

Gastón Julián Gil*

Guerra Fría, contrainsurgencia y ciencias sociales

Si echamos una mirada retrospectiva a la década de los sesenta y los setenta, quizás recordemos solamente la desmesura de las expectativas y el amargo sabor de la decepción que el curso objetivo de los acontecimientos dejó en la boca de muchas personas al no cumplirse lo que habían esperado. Sin embargo, la inutilidad de las luchas de poder con expectativas excesivas, oculta en ocasiones el hecho elemental de que el desarrollo social no vuelve, simple y sencillamente, al nivel anterior de formalización una vez que los ánimos se han apaciguado: los sueños no se cumplieron, pero la distribución de los equilibrios de poder entre las generaciones es ahora mucho menos desigual a la de antes de que estallara el conflicto entre generaciones.

Norbert Elias, *Los alemanes*

En su autobiografía intelectual, Clifford Geertz escribió: “los cincuenta fueron complacientes, los sesenta convulsivos; en los cincuenta se vestía bien, en los sesenta de forma desaliñada; los cincuenta fueron silenciosos, los sesenta chillones. Vietnam, el movimiento de los derechos civiles y la contracultura fueron el *kairos* americano: el punto es que el futuro cambió” (Geertz, 1996:113). En efecto, en los años sesenta se produjeron una serie de modificaciones sustanciales que configuraron un mundo altamente convulsionado y caracterizado por altos niveles de conflictividad y tensión que contrastaron con el clima optimista de la posguerra. Ello también puede apreciarse con claridad en el campo de las ciencias sociales y sus diversas disciplinas, que tal vez se vieron influenciadas por el clima de época y sus “pasiones ideológicas” (Terán, 2006), entendidas como aquel conjunto de ideas que “se desplegaron en el universo de la izquierda en el señalado escenario radicalizado proveniente del clima cultural y político de los años sesenta, con rasgos totalizantes que concedieron la primacía a la práctica política animada de una voluntad revolucionaria” (Ibíd.: 205). Puntualmente se analizará en este artículo cómo la política exterior norteamericana durante la *Guerra Fría* alcanzó de tal modo a las ciencias sociales (y en este caso a la antropología practicada en ese país), que transformaría gran parte de sus lógicas de funcionamiento, sembrando nuevas controversias en torno a variados aspectos tales como la ética científica o las dimensiones aplicada y política de la ciencia. Y aunque

no sea específicamente el tema de este texto, también esa misma política exterior incidió notablemente en la práctica de las ciencias sociales en América Latina y en la Argentina, en donde las sombras de los organismos secretos norteamericanos (por ejemplo, a través de las organizaciones filantrópicas) sembraron profundas y relevantes controversias (Gil, 2011).

En concreto, desde los primeros años de la década del sesenta fueron los proyectos secretos de contrainsurgencia montados por organismos oficiales norteamericanos que involucraron a muchos científicos sociales, los que comenzaron a poner en discusión el hecho de que:

la gran mayoría de los antropólogos sentían que era un uso legítimo de sus habilidades el estudio de los procesos de cambio cultural en los programas de acción y ayudar a introducir mejores tecnologías agrícolas, educativas y de salud pública en los países en desarrollo (Foster, 1992: 293).

La antropología aplicada en los Estados Unidos ya no pudo ser reivindicada sin poner sobre la superficie formulaciones éticas más elaboradas que aquellas convicciones que daban cuenta de un código no escrito que señalaba que “un antropólogo es un caballero (o una dama)” (Ibíd.: 294).¹ Además, esos planes de intervención pusieron en evidencia los intentos de cooptar a las elites científicas (en los Estados Unidos y en el propio Tercer Mundo) y obtener de ese modo información detallada para utilizar en eventuales programas de contrainsurgencia.

Tal vez ninguna acción encarada por organismos oficiales norteamericanos resultó tan polémica como el *Proyecto Camelot*, que fue denunciado en Chile por el sociólogo noruego Johan Galtung, y que derivó es un escándalo internacional (Horowitz, 1967; Galtung, 1968; Herman, 1998 y 1995). El *Camelot* consistió en un plan de investigación “científica” financiado por el Ministerio de Defensa y la marina norteamericana, destinado a la contrainsurgencia en América Latina. Elaborado en 1964 por la Special Operation Research Office (SORO), el estudio fue concebido para detectar los procesos vinculados con la formación de guerrillas en la mayor parte de los países latinoamericanos, incluida la Argentina. Herman (1998) detalla que el propósito del SORO estaba dirigido a desarrollar investigaciones que proveyeran soporte “no material” para las misiones de contrainsurgencia, guerra no convencional, operaciones psicológicas y asistencia militar. El director del organismo, Theodore Vallance,

era un psicólogo experimental que había llevado adelante diversos estudios sobre el uso de armamentos durante la segunda guerra mundial, como oficial del ejército a cargo de un laboratorio en Texas (Ibíd.). Luego del episodio Camelot, el SORO se reconstituyó como Center for Research in Social Systems (CRESS) y continuó dirigiendo su foco de atención hacia el Tercer Mundo (Ibíd.). Aunque se trató de manejar esta clase de emprendimientos con mayor discreción, también cobraron notoriedad “proyectos similares, auspiciados asimismo por el Departamento de Defensa dirigidos a la injerencia política en el Québec (*Project Revolt*), Colombia (*Project Simpático*), amén de un proyecto mayor, el Michelson, para estudiar las estructuras globales de la Unión Soviética y la República Popular China” (González Alcantud, 1998: 155-6). Wakin (1992) también señala que de forma paralela al Camelot se cancelaron otros dos proyectos dirigidos hacia América Latina. Uno de ellos, el mencionado *Simpático*, involucraba antropólogos y psicólogos que pretendían “medir” las actitudes de habitantes de distintos poblados hacia el gobierno, el ejército y los “sucesos turbulentos en su sociedad” (Ibíd.: 29). El restante, denominado *Colonia*, fue concebido como una manera de asistir al ejército peruano en la integración de las poblaciones indígenas a la sociedad nacional. Además, debe mencionarse el Proyecto *Agile*, desarrollado como un programa de contrainsurgencia en Tailandia y otros países del Tercer Mundo. Fue denunciado en 1967 y se identificó a la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada (ARPA) como su promotora dentro de la estructura del gobierno norteamericano. Fueron los estudiantes de las universidades de Michigan y Cornell las que llevaron al Proyecto *Agile* a la consideración pública, alertando sobre esos estudios que se estaban montando en la Universidad de Pennsylvania para estudiar “científicamente” los posibles usos de armas químicas y biológicas en guerras de contrainsurgencia. Esta clase de investigaciones impactaba directamente sobre los ejes fundamentales de la ética profesional del antropólogo, ya que en primera instancia, parecían estar diseñadas para dañar a los sujetos de estudio y, por supuesto, también a las comunidades a las que iban dirigidas esos proyectos. Este tipo de perspectiva aplicada de la ciencia también afecta a las sociedades receptoras, al avalar las prácticas imperialistas de los centros de poder (Whiteford & Trotter II, 2008).

Tras la denuncia de Galtung, el proyecto se desactivó, pese a que habían sido reclutados una buena cantidad de científicos sociales de los Estados Unidos

y de América Latina para llevar a cabo esa investigación. Según Solovey (2001), las polémicas suscitadas por el Camelot provocaron una serie de cambios relevantes en el campo científico norteamericano. Por un lado, jugaron un rol decisivo en la creciente importancia que se le adjudicó en los Estados Unidos a las ciencias sociales. De manera complementaria, modificaron los parámetros de discusión estatales al priorizar la política de la *Guerra Fría* y el patrocinio militar en el desarrollo de estas disciplinas. Y además, se fortaleció el juicio crítico ante las posiciones epistemológicas que consideraban a la ciencia como una empresa aséptica caracterizada por la neutralidad valorativa y alejada de las presiones “extracientíficas”. Según relata el propio Galtung (Franco, 2007), fue contactado para participar en un proyecto de investigación sobre Latinoamérica, pero debido a una equivocación de una funcionaria administrativa accedió a información secreta, en donde figuraban muchos de los nombres de los científicos sociales que ya estaban involucrados en la operación.² El mismo protagonista narra que inició una campaña entre sus colegas de los Estados Unidos y América Latina, pero para su sorpresa muchos relativizaron el asunto, con afirmaciones tales como: “no tomes en serio esto Johan; hay seis millones de dólares que están disponibles para las ciencias sociales norteamericanas y podemos hacer con ellos lo que se nos dé la gana” (Ibíd.: 79). O, incluso, una socióloga brasileña que “era marxista y dijo: «Necesitamos ese dinero. Es fácil para ti rechazar y renunciar. Nosotros les damos exactamente la información que queremos que ellos tengan. ¡Los gringos son estúpidos!»” (Ibíd.: 79). El propio Galtung reflexionó que “además de la deshonestidad implícita en esta actitud, algo más me inquietaba: ella subestimaba a la gente del Pentágono que estaba a cargo del Proyecto Camelot” (Ibíd.: 79).

Las primeras informaciones que circularon sobre el *Camelot* tomaron por sorpresa, en una conferencia en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Santiago de Chile en 1964, al antropólogo Hugo Nutini, quien aspiraba a reclutar estudiantes para llevar adelante estudios de campo en el marco del *Camelot*. Como señala Franco, se trataba de un trabajo con encuestas para construir índices y escalas de actitud y así “medir potencial revolucionario” (Ibíd.: 77). En esa ocasión, también el sociólogo chileno Eduardo Hamuy denunció públicamente el proyecto cuando ya se asumía como completamente cerrado. En semejante contexto, Eduardo Fuenzalida, en aquel entonces a cargo de la sede de FLACSO en Chile, recuerda:

La denuncia de Hamuy desató una tremenda histeria en el país acerca del 'espionaje', que estaban llevando a cabo los investigadores sociales, lo que hizo extraordinariamente difícil la realización de investigaciones sociales en el país, en circunstancias en que yo estaba como director interino de FLACSO y a cargo de 30 investigaciones. Fue el momento más difícil de mi carrera profesional –cuando joven- pero le echamos para adelante, pasamos por muchas penurias, muchos estudiantes fueron expulsados de los lugares de investigación, tratados como 'espías', pero aguantaron y la cosa finalmente se calmó (Ibíd.: 78).

De acuerdo con los documentos transcritos y analizados por Horowitz (1967) y Herman (1995 y 1998), el *Proyecto Camelot* se planteaba explícitamente tres grandes objetivos: idear procedimientos para asignar potencialidades revolucionarias; identificar posibles acciones a llevar adelante por los gobiernos ante eventuales intentos insurreccionales; y asignar factibilidad en la prescripción de un sistema de obtención de información esencial para ser utilizado con los fines antes explicitados. Este proyecto estaba pensado para ser desarrollado en tres o cuatro años a razón de un millón y medio de dólares anuales de presupuesto. Herman (1995) detalla que el *Camelot* constaba de una serie de fases de implementación. La primera de ellas consistía en cooptar importantes científicos sociales y reunir los datos existentes referidos a guerras civiles, mientras que la segunda apuntaba a desarrollar 21 estudios de casos de insurgencias y 5 estudios de campo contemporáneos con la meta concreta de implementar indicadores con capacidad predictiva. Navarro & Quesada (2010) han puntualizado que el primer tipo de estudios se vinculaba con los conflictos de política interna e insurgencia revolucionaria en cinco países: Guatemala, Bolivia, México, Canadá y Cuba (estos dos últimos iban a ser los primeros a considerar). Por el contrario, otra serie de casos iban a ser considerados sin llevar adelante estudios de campo intensivos. Los mismos autores señalan que "la intención, además de «ser tan científico y cuantitativo como sea posible», era generar categorías que posibiliten el estudio comparativo de los casos y los sistemas sociales (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso, 1965:3294)" (Ibíd.: 58). Ese abordaje de los "sistemas sociales" se sostenía en un planteo etnocéntrico de las características ideales (el "deber ser") de las instituciones sociales (la familia, la religión, la economía, la justicia, la educación, la diplomacia, la ciencia, la caridad) para luego realizar una comparación con "la actividad *real* de dichas instituciones en su

función específica; esto es, la producción de «símbolos, personas, bienes o combinación de ellos» (Informe de la Comisión Especial Investigadora, Actas del Congreso. 1965:3205)" (Ibíd.: 58-59).

La tercera fase del *Camelot* implicaba la operacionalización del trabajo de las etapas anteriores para producir un análisis en profundidad sobre un país indeterminado, mientras que la cuarta integraría los hallazgos de las fases anteriores con el objeto de aplicar el modelo a casos nacionales concretos. Herman (1995) señala que Rex Hopper, un sociólogo del Brooklyn College experto en América Latina, fue elegido como director del *Camelot*. Esos documentos indican que este proyecto formaba parte de una planificación amplia de las Fuerzas Armadas norteamericanas destinada a alentar el crecimiento económico y el cambio social en los países menos desarrollados. Se menciona además que el gobierno de los Estados Unidos había desarrollado una gran cantidad de programas destinados a la contrainsurgencia, colocando el énfasis en aquellas acciones que tendieran a reducir las fuentes de descontento en las poblaciones, que suelen desencadenar acciones violentas y contrarias al orden social vigente. Por ello, se consideraba estrictamente necesario conocer en detalle los procesos sociales que pudieran derivar en situaciones revolucionarias.

El *Proyecto Camelot* se concebía como un esfuerzo multidisciplinario, llevado adelante por el mencionado SORO, pero en combinación cercana con universidades y otras instituciones de investigación en los Estados Unidos y en el extranjero. Los primeros meses del proyecto estaban pensados como una instancia dedicada al refinamiento del diseño de investigación y a la identificación de los principales problemas metodológicos como también su puesta en funcionamiento. Para lograr una mejor coordinación entre los integrantes del proyecto se había planificado un seminario de verano en 1965 entre los miembros iniciales, además de que se esperaba contar con la participación de importantes científicos sociales para evaluar minuciosamente los objetivos a largo plazo.³ Según Herman (Ibíd.), los orígenes del *Proyecto Camelot*, como otros planes de "acción psicológica" y de "guerra cultural", se deben buscar en la segunda guerra mundial. De acuerdo con esta autora, los expertos en psicología cobraron en aquella época un amplio protagonismo entre los funcionarios públicos, quienes destinaron grandes sumas de dinero para la formulación de políticas públicas. Se pensaba que los estudios de la "mentalidad" enemiga permitirían predecir sus respuestas en varios y posibles escenarios políti-

cos y militares. Por ello, durante los quince años posteriores a la culminación del segundo gran conflicto bélico del siglo XX, el apoyo gubernamental para el desarrollo de la psicología aplicada cobró un notable auge, todo ello enfocado hacia los objetivos interrelacionados de seguridad nacional, el avance científico, el desarrollo económico y la lucha contra diversas formas de revolución social. Herman (Ibíd.), entonces, concibe el *Camelot* como una continuación de esa lógica que buscaba trasladar, casi de manera mecánica, los conocimientos científicos referidos al comportamiento a un lenguaje de política exterior y acción militar. Las nacientes “guerras de liberación” -que se asumían inspiradas y financiadas por la Unión Soviética-, con Cuba como principal exponente, despertaron además un alerta acerca de la necesidad de predecir los focos serios de revolución social a lo largo del mundo. La misma Herman indica que el mandato del *Camelot* se sostenía en predecir e influenciar los procesos de desarrollo y cambio social en el Tercer Mundo, manejándose términos tales como “psicología paramilitar” o “ingeniería cultural”. En el contexto argentino (y también en el latinoamericano), sucesos como el *Camelot* contribuyeron notablemente en las fuertes divisorias de agua en el campo de las ciencias sociales en medio de un proceso de creciente radicalización política y *compromiso* militante con la *realidad nacional*. En ese sentido, el episodio instaló una “lógica acusatoria” (Guber, 2006) que permeó el campo de las ciencias sociales argentinas.

La antropología entre la guerra y el espionaje

La utilización sistemática de expertos en ciencias sociales en cuestiones vinculadas con los conflictos bélicos ya había sido puesta en práctica por distintos estados durante la primera guerra mundial, luego de la cual Franz Boas había denunciado a los antropólogos que desarrollaron tareas de espionaje. En la carta enviada al periódico *The Nation*, publicada el 16 de octubre de 1919, Boas señaló que, al menos, cuatro antropólogos norteamericanos se habían involucrado en tareas de espionaje, encubiertos en su rol profesional durante la primera guerra mundial. En “Scientists as spies”, el padre de la antropología cultural norteamericana escribió:

Una persona, sin embargo, que utiliza la ciencia como una cobertura para el espionaje político, que trata de hacerse pasar como un investigador frente a un gobierno extranjero, y que pide asistencia en sus alegadas investigaciones, para llevar a cabo, debajo de ese

manto, sus maquinaciones políticas, prostituye la ciencia de un modo imperdonable y pierde el derecho de ser tratado como un científico.⁴

Pese a la enérgica condena de una figura tan trascendente, la American Anthropological Association (en adelante AAA) emitió un voto de censura hacia Boas, sustentado mayoritariamente por los círculos antropológicos de Harvard y Washington, que no estaban bajo la influencia hegemónica de Columbia. En esa ocasión, estándares morales como el patriotismo estuvieron claramente por encima de cualquier lineamiento ético que las asociaciones profesionales pudieran intentar hacer valer. Poco más de veinte años después, los expertos militares y los servicios de inteligencia habían comprendido que las ciencias sociales, y la antropología en particular, eran algo más que meros reservorios de curiosidades, lo que produjo sensibles modificaciones en la enseñanza y práctica de esas disciplinas. A tal punto que se ha estimado que, durante la segunda guerra mundial, más de la mitad de los antropólogos norteamericanos se sumaron al esfuerzo bélico (Foster, 1992). Seguramente, el caso paradigmático en el uso estratégico de la antropología es el de Ruth Benedict, contratada especialmente por la OSS (Office of Strategic Services, antecesora de la CIA) para estudiar el *ethos* japonés, cuyos resultados pueden apreciarse en el célebre *El crisantemo y la espada*. En verdad, la llamada Escuela de Cultura y Personalidad (con la propia Benedict y Margaret Mead como exponentes más célebres) ocupó una posición central en esta clase de estudios llevados a cabo en el contexto de los esfuerzos bélicos.⁵ En ese sentido, Goldman & Neiburg (2002) señalan que los estudios de Cultura y Personalidad se propusieron, como objetivo, estudiar su propia sociedad desde la antropología, lo que no se había hecho antes de forma sistemática,⁶ en esta ocasión como una manera de elevar la moral nacional en tiempos de guerra. La consigna de conocerse mejor para un desempeño más elevado en esta instancia crítica, fue seguida por la aplicación de ese lineamiento para comprender las naciones “enemigas”, por lo que el conocimiento sobre el otro se configuró como un insumo clave de la entonces presente (la guerra aún no definida) y futura (el mundo de la posguerra) política exterior norteamericana. De todos modos, existían claros criterios y objetivos académicos, ya que muchos de esos trabajos se constituyeron en clásicos de la disciplina y derivaron en importantes discusiones teóricas aun hoy vigentes. En ese marco, el británico Geoffrey Gorer⁷ fue uno de los principales antropólo-

gos involucrados en estos trabajos, junto con Margaret Mead y Gregory Bateson, quienes se volcaron hacia los estudios “a distancia” de las culturas nacionales, para comprender sus respectivos *ethos*.⁸ Entonces, los pueblos y los países:

pasaron a ser considerados como universos culturales susceptibles de análisis a partir de categorías semejantes a aquellas utilizadas en el estudio de los mundos culturales de las llamadas sociedades simples, a las cuales hasta entonces la mayor parte de los antropólogos había restringido su atención. El contexto de la guerra y el conflicto entre naciones exigía, no obstante, una «adaptación» metodológica, los «estudios de cultura a distancia». El antropólogo, impedido de cumplir la rutina tradicional de un largo período de observación participante en el campo, debía ahora entrevistar inmigrantes, analizar productos artísticos como novelas y películas elaborados en otros países. O examinar materiales vehiculizados en los medios de comunicación, con la intención de acceder a esos universos culturales siempre acompañados por el adjetivo nacional. Las fronteras entre países fueron traducidas en términos culturales y las fronteras culturales definidas en términos nacionales, delineando, así, los límites de las nuevas unidades de análisis (Ibíd.: 189).

Estos mismos autores destacan que los primeros atisbos de antropología aplicada se produjeron durante la década del '30, cuando se hacía necesario legitimar la disciplina dentro y fuera de la academia –algo similar ocurrió en Gran Bretaña–, sobreactuando la capacidad para resolver “problemas prácticos”. Originalmente, ese enfoque estaba concentrado en asuntos de política interna, los “grandes problemas nacionales”, tales como el caso de la educación y los trabajos de Margaret Mead, pero también salud, alimentación y trabajo. Lo que se modifica, a partir de la segunda guerra mundial, es que la dimensión aplicada de la antropología se concentró en la política exterior. Según Nugent (2008), al término de la segunda guerra mundial, la imposición del enfoque de los estudios de área (*area studies*) implicó un gran esfuerzo por parte de las fuerzas armadas para administrar y ordenar la vida de alrededor de 300 millones de personas en todo el mundo, más del 10% de la población mundial. De ese modo, la institucionalización por parte del ejército de este programa de estudios de área:

hizo mucho más que simplemente guiar a las Fuerzas Armadas en su esfuerzo provisional de gobernar territorios extranjeros. También operó como el modelo de la versión académica de los estudios de área que se consolidaron durante la Guerra Fría (Nugent, 2008: 36).

En los años de posguerra, y con el desarrollo de la *Guerra Fría*, distintas agencias oficiales, muchas de ellas vinculadas con las Fuerzas Armadas, como también conglomerados empresariales a través de sus fundaciones, financiaron directamente investigaciones en áreas geográficas que habían sido escenarios de guerra, en especial en el Pacífico, pero también en muchas otras áreas del planeta, como América Latina. Los programas para financiar investigaciones de campo fluyeron como nunca antes y le permitieron a la creciente matrícula de estudiantes de postgrado en antropología –con sus departamentos y programas en expansión– contar con un soporte económico indispensable. Además, el gobierno financió directamente centros de investigación en las universidades, como ocurrió con el *Russian Studies Center* en Harvard dirigido por Clyde Kluckhohn.⁹ Como recuerda Geertz de sus épocas de estudiante en esa célebre universidad, aquel centro “empleaba técnicas científicasociales (entrevistas a refugiados, el análisis del contenido) con el objetivo de averiguar y frustrar las intenciones soviéticas...” (Geertz, 1996: 105). Casos de estas características son interpretados por una línea crítica de investigaciones sobre la historia de la antropología norteamericana (algunos de cuyos autores aparecen profusamente citados en este libro) como muestras evidentes del grado de involucramiento corporativo en la *Guerra Fría*. Nugent afirma que la aplicación en tiempos de paz del programa de los estudios de área resultó vital para que los Estados Unidos pudieran mantener la posición en el mundo que había alcanzado al finalizar la segunda guerra mundial. La diferencia planteada en esta etapa es que la nueva planificación en tiempos de la *Guerra Fría* apuntaba a mantener los intereses en materia de seguridad internacional de los Estados Unidos en un largo plazo, principalmente el desarrollo del capitalismo en sociedades –preferentemente– democráticas y estables (Ibíd.).

Autores contemporáneos, como Wax (2008), consideran que la acción del gobierno norteamericano en el marco de la segunda guerra mundial y, sobre todo, de la *Guerra Fría*, resultó vital para el desarrollo sostenido de la antropología y el florecimiento institucional de la AAA, en donde tuvo una actuación relevante Sol Tax, de la Universidad de Chicago. La disciplina experimentó además un notorio crecimiento en la cantidad de antropólogos formados con opciones profesionales atractivas en el contexto de prosperidad de la posguerra que incrementó la matrícula universitaria, por ejemplo a través del *GI Bill*, que subsidió la educación de grado y postgrado de los veteranos de guerra. En el caso concreto de este *GI Bill*, le permitió a muchos jóvenes de regresaban de la guerra, acceder a estudios de postgrado que, de otra manera, difícilmente habrían podido concretar. Una parte importante de

los más notables antropólogos norteamericanos de la segunda mitad del siglo XX (Clifford Geertz, Marshall Sahlins, Eric Wolf, Sidney Mintz, entre muchos otros) fue beneficiaria de ese subsidio oficial. El propio Geertz rememora que:

Los estudiantes becados de G. I. Bill (de la cual yo era parte), de más edad, más maduros y más decididos a dejar la diversión y a trabajar que lo que hasta entonces había sido habitual entre los estudiantes, comenzamos a llegar a las facultades, insuflándolas con una nueva seriedad. El profesorado, gran parte del cual había pasado la guerra en algún tipo de trabajo de planificación, inteligencia o propaganda, estaba entusiasmado con el proyecto de dedicarse de nuevo a sus programas, armados con la experiencia del mundo real obtenida sirviendo a la nación. La emergencia de los Estados Unidos como una superpotencia, la súper potencia, que reanimaba a Europa, contenía a la Unión Soviética, ponía al Tercer Mundo en sus raíles desarrollistas, parecía indicar que los cuarteles generales del aprendizaje y la investigación se habían trasladado aquí (1996: 104).

Todos esos lineamientos oficiales habrían limitado expresamente las temáticas y áreas geográficas dignas de estudio, al cristalizar un mecanismo de relativa facilidad en la obtención de financiamiento para llevar adelante las investigaciones de campo. Price (2003) incluso afirma que los esfuerzos del establishment antropológico para limitar esa influencia fueron francamente escasos y cuestiona las supuestas creencias políticas radicales de muchos antropólogos famosos, como Ruth Benedict o Margaret Mead. Este autor señala, entre las instituciones que formaron parte de este complejo financiamiento, a la National Science Foundation, la Fullbright Commission, y el National Institute of Mental Health, además del propio Pentágono. Sin embargo, también admite que los académicos progresistas y radicales pudieron, de todos modos, llevar adelante estudios críticos con ese sistema de financiamiento, aunque algunos no consiguieron el dinero por esa razón, u otros no volvieron a contar con los fondos por haber presentado resultados contrarios a los intereses de sus benefactores (Ibíd.). El mismo autor estima que la CIA estaba directamente involucrada con el dinero en la mitad de las becas y financiamiento que otorgaban aquellas fundaciones que no pertenecían a las “tres grandes” (Ibíd.) fundaciones filantrópicas: Ford,¹⁰ Rockefeller¹¹ y Carnegie.¹² De cualquier manera, concluye que:

la mayoría de los antropólogos financiados durante la Guerra Fría, analizaron y sintetizaron datos de campo sobre una variedad de tópicos que iban desde estudios de comunidad a análisis de sociedades complejas. Gran parte de ese trabajo no tuvo usos prácticos para aquellos que lo financiaron, aunque hay casos, incluso, de las más inocuas observaciones

antropológicas siendo cooptadas por auspiciantes y consumidores de investigaciones cuyos roles en la financiación de los proyectos nunca fue mencionada (Ibíd.: 383).

Price también sitúa la problemática del financiamiento de las investigaciones en antropología social en los Estados Unidos en las luchas ideológicas desatadas durante la *Guerra Fría* y en la necesidad de cooptar, acompañando las acciones punitivas, “los pensamientos, acciones, lealtades y un arco aceptable del discurso político de sus pueblos” (Ibíd.: 373). En consecuencia, señala que las investigaciones “puras” fueron escasas después de la segunda guerra y que los círculos antropológicos de Columbia y Harvard, más o menos afines a la Escuela de Cultura y Personalidad, trabajaron sistemáticamente con financiamiento de agencias militares de inteligencia. De todos modos, tampoco puede soslayarse la relevancia del macartismo, por la manera en que se modificaron las relaciones de los científicos sociales con el estado. La “caza de brujas” lanzada a todo nivel por el senador McCarthy, acabó con la carrera de gran número de científicos sociales (Stocking, 2006; Sperling, 2008; Price, 2008), como también condicionó la capacidad crítica de la comunidad antropológica, ya sea en el activismo político como en los enfoques conceptuales.

Price (2002) se ha detenido especialmente en las conexiones entre la antropología y el espionaje, sean estas *directas*, *indirectas*, pero sobre todo *intencionales* o *no intencionales*. Esto le permite plantear cuatro categorías exclusivas que derivan en otros cuatro escenarios posibles, cuatro *interfaces* entre la disciplina y las agencias de inteligencia: *intencional-directa*; *intencional-indirecta*; *no intencional-directa* y *no intencional-indirecta*. Tras destacar la marcada reticencia del campo antropológico a reflexionar públicamente sobre estas relaciones, Price no deja de referirse a las enormes dificultades que los antropólogos han sufrido en la etapa de la descolonización para desarrollar sus trabajos por la sospecha omnipresente de realizar acciones de espionaje, lo que afectó en mayor medida a los antropólogos socioculturales que a los arqueólogos o a los antropológicos físicos. El caso de Ruth Benedict es el señalado, por Price (Ibíd.), como el mejor ejemplo de la interfaz *intencional-directa*, es decir, de los casos en que las agencias de inteligencia financian abiertamente las investigaciones con objetivos estratégicos explícitos. Además de sus más conocidos trabajos sobre el *ethos* japonés, poco antes de su muerte en 1948, Benedict estaba negociando con la Corporación Rand,¹³ según Price (Ibíd.), el financiamiento para una investigación sobre Rusia. La interfaz *intencional-indirecta* es una de las más difíciles de probar, ya que se trata de contactos de cierta informalidad de las agencias de inteligencia con investigadores que, si bien se desempeñaban en ámbitos académicos, acep-

taban una colaboración más o menos estrecha. Price (Ibíd.) destaca incluso que muchos arqueólogos fueron contactados en diversas zonas del planeta para que reportaran datos de movimientos de tropas u otra información de similares características.

Por otra parte, para este y otros autores -en ocasiones- las acciones de los servicios de inteligencia son canalizadas a través de fundaciones filantrópicas controladas por el gobierno (Ibíd.), que propician investigaciones “puramente científicas” en instituciones públicas. Abusándose de la buena fe de los organismos que reciben los fondos, estas fundaciones intermediarias constituyen el ejemplo de la interfaz *no intencional-directa* entre la disciplina y el espionaje, ya que el antropólogo se transforma en un empleado inconsciente de los servicios secretos. Finalmente, la interfaz *no intencional-indirecta* podría ser el caso más habitual de vinculación de la disciplina con los intereses estratégicos de los Estados Unidos. Se trata de una situación en la que cualquiera podría estar expuesto al hacer públicos los resultados de sus investigaciones.

El Camelot y la antropología

Fue a partir del *Camelot* que el campo de las ciencias sociales norteamericano comenzó a considerar, más o menos de forma abierta, la problemática de la injerencia del poder político en la ciencia. En ese sentido, Fluehr-Lobban (2003b) asegura que el *Camelot* fue el punto de partida de una nueva era para la ética y la responsabilidad profesional del antropólogo, más allá de que las reacciones desencadenadas no llegaron a cristalizar esfuerzos colectivos ni investigaciones sistemáticas sobre esos tópicos. Antes de eso, tanto en las investigaciones derivadas de las necesidades de la gran depresión que siguió al crack económico de 1929 como en las que se llevaron adelante durante la segunda guerra mundial, no se generaron debates sobre los dilemas éticos en las ciencias sociales, ya que parecía asumirse que cuanto más dinero colocara el gobierno en disciplinas como la antropología, mucho mejor para fomentar su desarrollo (Salamone, 2008). Luego del estado público que tomó el *Proyecto Camelot*, la AAA estableció un Comité de Ética para investigar y reflexionar acerca de la responsabilidad de los científicos sociales, a partir de lo cual intentó incentivar a las otras ciencias sociales a seguir el mismo camino. En su resolución final, el informe postulaba que:

la restricción, el engaño y el secreto no tienen lugar en la ciencia. Las acciones que comprometen la integridad intelectual y la autonomía de las instituciones académicas y los miembros de la comunidad académica no sólo debilitan los acuerdos internacionales esenciales a nuestra disciplina, sino que también

amenazan cualquier contribución que la antropología pudiera concretar a nuestra propia sociedad y al interés general en el bienestar humano.¹⁴

La comisión que redactó el informe estuvo encabezada por Ralph Beals,¹⁵ antropólogo de destacada trayectoria formado en la disciplina entre finales de los años veinte y principios de los treinta en la Universidad de California, en Berkeley, bajo la tutela de Alfred Kroeber y Robert Lowie. Conocido como *Beals Report*, el informe tomó estado público en 1967 y allí se alertó sobre la continuidad de otros proyectos secretos que, bajo diferentes nombres y auspiciados por diversas agencias del gobierno, reproducían la lógica del *Camelot*. La AAA reaccionó con la creación de un comité de ética *ad hoc* que entró en funciones en enero de 1969, y que tenía como miembros a David Schneider, David Aberle, Richard Adams y Eric Wolf. Ese comité formuló una serie de propuestas que fueron sistemáticamente rechazadas, tales como la confección de una serie de controles de los registros de los antropólogos y la postulación de estándares éticos específicos (Wakin, 1992). Beals incluso había testimoniado ante un Subcomité del Congreso en junio de 1966, junto con el secretario ejecutivo de la AAA, Stephen Boggs. En tal ocasión, ambos antropólogos alertaron acerca de los peligros del uso de la ciencia social para planes secretos del gobierno y plantearon el rechazo explícito hacia cualquier involucramiento de los antropólogos en proyectos que traicionen la confianza brindada por los sujetos de estudio. Los representantes de la AAA destacaron el riesgo de que los datos recogidos sobre el terreno puedan volverse contra aquellos que son estudiados, por lo que se postuló la necesidad de establecer claros límites entre la ciencia y la administración colonial, los trabajos de inteligencia y los estudios orientados de las agencias del gobierno. Del mismo modo, insistieron en las diferencias entre cualquier consultor científico del gobierno y un antropólogo, por la cercanía con sus sujetos de estudio y el respeto que se les debe en cuanto a que el conocimiento generado no se vuelva contra esas personas. Por ende, se abogaba por el establecimiento de una clara barrera entre las agencias de inteligencia y las universidades, las fundaciones privadas y otros entes abocados a la investigación. Estaba quedando claro que la condena de la comunidad antropológica apuntaba explícitamente a la investigación encubierta y clandestina y de ningún modo –y ese sería el eje de la “Controversia Tailandia”– al involucramiento explícito de los antropólogos en proyectos orientados por el gobierno, dentro y fuera del país. Beals y Boggs tampoco perdieron oportunidad de sugerir la importancia de un incremento en el apoyo del gobierno federal a la investigación básica en ciencias sociales, canalizado a través de las agencias que no tengan otro propósito que la investigación científica y la educación.

De cualquier manera, fue la denominada “Controversia Tailandia” (Wakin, 1992) la que produjo la mayor movilización y polémica en el seno de la AAA, en la cual se debieron discutir públicamente las implicancias de participar en proyectos de contrainsurgencia. Aquella controversia comenzó en marzo de 1970 cuando el *Student Mobilization Committee to End the War in Vietnam (SMC)* le envió, a una serie de antropólogos, las copias de los documentos que precisaban los contactos que algunos importantes científicos sociales habían tenido con el Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Dos de los que recibieron ese material formaban parte del Comité de Ética de la AAA, Eric Wolf y Joseph Jorgensen. Fue así que durante un año y medio se gestó un debate en el que se volvieron a hacer explícitos, luego del *Beals Report*, los nexos entre las ciencias sociales y el gobierno. Por consiguiente, se debatieron aspectos tales como las responsabilidades éticas del investigador y la denuncia pública del rol que cumplían los Estados Unidos con su política en el sudeste asiático. La polémica se acentuó cuando la publicación *Student Mobilizer* definió los estudios en los que participaron los antropólogos implicados como un programa de contrainsurgencia dirigido de forma abierta contra la revolución en Tailandia. Las tomas de posición pública de algunos antropólogos como Eric Wolf o Marshall Sahlins condenando la participación de los colegas –Moerman, Phillips y Sharp– en el proyecto, junto con los intercambios epistolares entre Wolf y los implicados, configuraron un contexto altamente polémico (Ibíd.).¹⁶

Ralph Beals fue nuevamente consultado en ocasión de “La Controversia Tailandia” por el entonces presidente de la AAA, George Foster. Allí tuvo oportunidad de aclarar que en su reporte no se había hecho mención a la labor de consultores de las agencias del gobierno, salvo cuando se trataba de actividades clandestinas, secretas y que producían resultados que eran clasificados. Sin embargo, en esta oportunidad consideró como altamente recomendable que los antropólogos cumplieran funciones de asesoría y consulta, como una manera de advertir a los gobiernos sobre decisiones equivocadas que perjudicaran a las poblaciones objeto de las políticas a implementar (Ibíd.). De esa manera, Beals no hacía más que expresar una opinión ampliamente compartida por los antropólogos de su generación –no así por parte de los más jóvenes con otras inquietudes políticas– de dejar librado a una decisión individual la participación en proyectos gubernamentales. En ese contexto, se fue cobrando una conciencia cada vez mayor de la cercanía de la CIA con las ciencias sociales, lo que generó un mayor espacio para quienes abogaban por una antropología *comprometida* que denunciara la política exterior norteamericana y el involucramiento de académicos en ac-

tividades de inteligencia.

En marzo de 1970, el comité de ética *ad hoc* encabezado por Eric Wolf publicó en el *newsletter* de la AAA un llamado para que los miembros enviaran información considerando los problemas de ética e investigación antropológica, para usarla en la formulación de un código de ética. Luego de recibir la documentación del SMC, Wolf y Jorgensen emitieron una declaración que el organismo publicó, en el que condenaban la investigación secreta y clandestina para velar por la integridad de la profesión de antropólogo. Moerman, Phillips y Sharp reaccionaron vehementemente contra esas declaraciones por considerar que ya se los había prejuzgado sin siquiera escuchar lo que ellos tenían para decir. Las justificaciones de los implicados apuntaron a destacar que siempre es más útil “cambiar las cosas desde adentro” que hacerlo “desde afuera”. Inclusive plantearon su participación como un *compromiso* para luchar contra la estrechez mental de los políticos y los asesores militares. Por ello, la gran controversia fue si los implicados habían violado estándares explícitos e implícitos de la ética del antropólogo o si los acusadores lo habían hecho al montarse en imputaciones no probadas, agravadas por su condición de miembros del comité de ética.

Uno de los ejes de debate giró en torno a si constituía una actividad legítima para el antropólogo, participar en proyectos a los que se rechazaba desde lo teórico, lo ético y lo ideológico, con el objeto de modificar las políticas públicas. Quienes participaron, declararon que durante sus intervenciones chocaron constantemente con los funcionarios del gobierno, “obsesionados” por desarrollar estrategias de contrainsurgencia. Los documentos analizados por Wakin (Ibíd.) muestran que los funcionarios de las distintas agencias sólo estaban interesados en frenar al comunismo, y no precisamente estimulando la vía democrática. En la misma dirección, concebían la sociología y la antropología como herramientas de espionaje, aunque tuvieran presente el escándalo desatado por la publicidad del Camelot y no estuvieran dispuestos a revivirlo.¹⁷ Los acusados aportaron pruebas de su insistencia para lograr el financiamiento de investigaciones académicas que no se centraran en la contrainsurgencia, lo cual ni siquiera fue tenido en cuenta por los funcionarios. En cambio, el proyecto en cuestión planteaba explícitamente que el objetivo era conocer las amenazas reales y potenciales para el gobierno Thai, tanto dentro de sus fronteras como más allá de ellas. Los tres antropólogos involucrados declararon haber renunciado cuando comprobaron la imposibilidad de modificar los enfoques de los programas. Las posiciones que fue tomando Phillips con el tiempo se orientaron hacia la propuesta de trabajar en esos organismos para “cambiarlos desde adentro”, criticando su accionar, habitualmente focalizados en buscar comunistas y

dañar a la gente con la que trabajan. Moerman señaló que sus indicaciones apuntaban a eliminar el apoyo militar y romper con la lógica de la contrainsurgencia para priorizar las actividades de desarrollo. El mismo investigador declaró haber recomendado que la planificación no se concentrara exclusivamente en asuntos rurales y que tuviera en cuenta las cuestiones urbanas, involucrando además a los tailandeses en los procesos de planeamiento y favoreciendo una ayuda multilateral que incorporara la investigación y la evaluación en la implementación de los programas.

El cuestionamiento menos severo califica de “ingenua” a la posición de “cambiar las cosas desde adentro”, cuando no se señala que se trata de una simple coartada moral que encubre un involucramiento ilegítimo en los planes imperialistas. Esta controversia, que acaparó casi todo el año 1970 en la AAA, resultó altamente problemática y se caracterizó por el elevado tono de las discusiones, sobre todo epistolares. Los tres antropólogos implicados se consideraron seriamente ofendidos por haber recibido acusaciones tajantes sin siquiera haber sido escuchados, en especial por parte de Wolf y Jorgensen, por ser miembros del Comité de Ética.¹⁸ La “Controversia Tailandia” provocó entonces que los dilemas éticos de la disciplina fueran tratados con una notable intensidad, ya que más allá del seno formal de la AAA, se organizaron paneles en las universidades para establecer debates públicos que concitaron un gran interés por parte de los estudiantes. Ello llevó a que se pusieran en discusión distinciones tales como los “datos crudos” de una investigación o la capacidad que los antropólogos tienen de controlar el uso de los datos que producen, tanto en una investigación “pura” como “dirigida”. Y por supuesto, el secreto y la clasificación de los datos atravesaron todas las problemáticas.

En cuanto al comité ejecutivo de la AAA, desautorizó las acciones de los miembros del Comité de Ética por haberse expresado de forma apresurada¹⁹ y en noviembre de 1970 se votó la conformación de un comité *ad hoc* para investigar el caso de Tailandia, conocido como *Mead Committee*, por el influjo que ejercía la figura Margaret Mead —elegida para presidirlo— en la antropología norteamericana. Oficialmente, el asunto fue denominado, dentro de la AAA, como “Controversy Concerning Anthropological Activities in Relation to Thailand”, que Wakin (1992) describe como un proceso de investigación muy incompleto, con Margaret Mead pasando mucho tiempo fuera del país y no tomando las entrevistas personalmente. El mismo autor deja entrever que las conclusiones del informe representaron un intento de conseguir una salida diplomática para las partes en conflicto que dejara conforme a los *radicals* (como Wolf) al cuestionar la política exterior norteamericana, pero liberando de culpa a los antropólogos involucrados en la “Controversia Tailandia”.

Sin embargo, por presión de los miembros más jóvenes, el informe fue rechazado ampliamente en el plenario de la AAA. Desde *el Camelot*, en las discusiones sobre ética en la disciplina se había planteado la necesidad de establecer un código ético muy detallado, pero en general primó la postura que colocaba por encima la libertad personal de hacer sus propias elecciones más allá de los límites políticos. De todos modos, los Principios de Responsabilidad Profesional (PPR) de 1971 destacaron una serie de responsabilidades explícitas hacia los sujetos de estudio, la disciplina, el público, los patrocinadores, el propio investigador y hasta los gobiernos anfitriones. Pero esos principios se fueron haciendo cada vez más laxos, a la par que decrecían los cargos en la academia y la cantidad y proporción de antropólogos trabajando en el sector privado aumentaba vertiginosamente (Fluehr-Lobban, 2003b). Así, de manera progresiva, se fueron eliminando las menciones acerca de la responsabilidad hacia aquellos a los que se está estudiando, privilegiándose cada vez más las responsabilidades que se deben tener con los patrocinadores, los clientes y los empleadores. A tal punto que en los PPR aprobados en 1982 se eliminaron incluso las menciones a las investigaciones secretas y clandestinas (Ibíd.).²⁰ Según Fluehr-Lobban (2003a) ello fue en consonancia con los cambios sociales que han privilegiado los intereses individuales en desmedro de otros valores tradicionales, en este caso definiendo las opciones morales como asuntos individuales sin referencia alguna a las necesidades de la sociedad y el bien común.

Por supuesto, la antropología estadounidense no estuvo exenta de otros sucesos controversiales sobre los aspectos de la ética profesional del antropólogo. Como indica Gazzotti (2003) las sucesivas reformulaciones apuntaron a destacar la importancia del consentimiento informado y los problemas del engaño en el proceso de recolección de datos en el campo. Otro aspecto a destacar es que, en la década de 1990, la ley de protección de “artículos culturales”²¹ (sitios no excavados, restos humanos, objetos funerarios y ceremoniales), generó debates dentro de la disciplina pero también “ha enfrentado a grupos nativos con arqueólogos, porque imposibilita la continuidad del estudio de esos objetos materiales; y por otro lado enfrentó a gobiernos que reclaman a países desarrollados el derecho de que sus pertenencias culturales vuelvan al propio territorio y ya no residan en museos internacionales” (Ibíd.: 156). De todos modos, como se señalaba anteriormente, la tendencia a evitar el tratamiento explícito de situaciones controversiales ha devuelto parcialmente a la disciplina (pese a la pervivencia de los códigos de ética) a aquellos tiempos en los que, como recordaba Foster, los dilemas éticos se resolvían en la esfera individual

(Fluehr-Lobban, 2003a; Gazzotti, 2003).

A modo de conclusión

En los últimos tiempos se han desarrollado, particularmente en los Estados Unidos, una serie de estudios históricos críticos sobre el desarrollo de la antropología en el siglo XX que ha condenado tajantemente el pasado disciplinar y a varias notorias figuras de esa tradición metropolitana. Estos trabajos, concentrados principalmente en denunciar complicidad con las políticas exteriores norteamericanas, proyectan una sombra de sospecha de gran amplitud que condena casi de forma global al pasado disciplinar, por lo general debido al origen de los fondos de investigación. La "Controversia Tailandia" que se ha descrito en este artículo, excede con amplitud el caso puntual expuesto dentro de una tradición antropológica metropolitana, ya que ofrece vínculos sumamente estrechos con el clima intelectual de época en América Latina y más particularmente en la Argentina. Y ello no sólo porque el Proyecto *Camelot* (como otros concebidos con propósitos similares) se orquestó pensando en el potencial revolucionario del continente, sino porque fue una parte sustancial del modo en que se constituyó el imaginario crítico de sus intelectuales. Por eso, la "Controversia Tailandia" es sólo un episodio más en el que las ciencias sociales atravesaron un profundo proceso de autorreflexión que aún no ha sido zanjado. Lejos de propiciar un abordaje que -en sintonía con algunos de los trabajos mencionados más arriba- se dedique a estigmatizar y denunciar procesos, personajes e instituciones, se intenta ofrecer un análisis comprensivo del clima de ideas, de las pasiones ideológicas que impregnaron los debates que llegaron a poner en duda inclusive los propios fundamentos de las distintas disciplinas de las ciencias sociales.

Tal vez, uno de los aspectos más evidentes en el contexto argentino creado a partir de estas injerencias de los servicios secretos norteamericanos en la investigación social sean las controversias que rodearon el accionar de las organizaciones de filantropía internacional. En ese marco, las fundaciones Ford o Rockefeller, comenzaron a ser encuadradas dentro de la misma "lógica acusatoria" que hacía sospechoso de espionaje encubierto a cualquier estudio financiado con dólares proveniente del imperio. Seguramente la actuación de la Fundación Ford en la Argentina, a través del financiamiento público de algunos proyectos e instituciones públicas y privadas importantes, es la que resume con mayor claridad el debate ideológico de los años sesenta (Gil, 2011). Con mayor o menor virulencia, un sector importante de la intelectualidad crítica cuestionaba en duros términos la utilización de fondos provenientes de estos organismos, que duran-

te la década de 1960 otorgaron importantes subvenciones en América Latina, teniendo a la Argentina como uno de sus principales destinatarios en el continente. En pocos años, la Fundación Ford se transformó, al menos por lo que indican los testimonios y por los textos referidos a la época, en el principal blanco de los ataques y sospechas que, por añadidura, alcanzaron a instituciones, proyectos académicos e investigadores que aceptaron públicamente sus fondos. Una de las investigaciones académicas financiadas, el *Proyecto Marginalidad* (Ibíd.) fue interpretado por importantes sectores del campo intelectual y político como una reedición de las pretensiones incumplidas del Camelot y sus similares. Tanto por su acción directa a través de la entrega de subsidios como los debates que generaron, las fundaciones filantrópicas y las agencias oficiales norteamericanas (sobre todos las de inteligencia en proyectos como *el Camelot*) alimentaron poderosos imaginarios, cristalizando imágenes que giraban en torno a dimensiones políticas como el imperialismo o la liberación de los pueblos del Tercer Mundo o problemáticas más específicas -aunque ligadas a las anteriores- de la dinámica de las ciencias dentro y fuera del continente latinoamericano. En ese sentido, claramente influenciadas por la política (local y global), las ciencias sociales en todo el continente se vieron envueltas en debates vinculados con la dimensión aplicada de la ciencia. Así, mayormente la sociología y la antropología se incorporaron a las utopías revolucionarias de la época y a partir de las especificidades políticas de cada país (en la Argentina claramente la influencia del peronismo fue determinante) ingresaron en las lógicas de un mundo signado por la *Guerra Fría* y concepciones como las de las *fronteras ideológicas*. De esa forma, los científicos sociales argentinos se verían involucrados -con distinto grado de compromiso y en el contexto de una relativamente temprana y veloz completa institucionalización- en dilemas éticos, ideológicos y epistemológicos que generaron fuertes fragmentaciones en un campo aún no consolidado y cuyos acuerdos constitutivos y proyectos comunes se quebraron rápidamente. Entonces, los intelectuales de toda América Latina se plantearon expresamente las implicancias que las fuentes de financiamiento (los estados nacionales, centros privados, fundaciones filantrópicas, agencias de inteligencia extranjeras) tenían para la producción intelectual y científica. Sospechas, acusaciones, declaraciones de principios, permearon los discursos académicos a tal punto que la investigación científica se hizo acreedora de una culpa original que se que debía expiar, a partir de una cuidadosa justificación que despejara cualquier duda sobre la legitimidad en la concepción (financiación) de los proyectos, objetivos de investigación, el destino de los datos y la utilización de ese conocimiento.

Notas

- * Dr. en antropología social (UNaM). Investigador adjunto del CONICET-Universidad Nacional del Plata. gasil@mdp.edu.ar
- ¹ Si bien la American Anthropological Association (AAA) todavía no había formulado en aquellos años un código de ética, sí lo había hecho ya en 1948 la Society of Applied Anthropology (SfAA), en lo que se constituyó el primer reglamento de ética profesional en todas las ciencias sociales norteamericanas (Whiteford & Trotter II, 2008).
 - ² Galtung detalla que el propósito “era explorar la manera en que el ejército de los Estados Unidos podía ayudar a las fuerzas armadas de los países amigos a poner fin a las insurrecciones. Más tarde quedó claro que la secretaria se había equivocado al poner en el sobre este mensaje dirigido a mí; ya que estaba destinado a los altos cargos del proyecto. La tarea que me tenían asignada era la de ser uno de los idiotas útiles del sistema, un rol que no estaba dispuesto a desempeñar” (Franco, 2007: 79).
 - ³ Navarro y Quesada (2010) señalan que Gino Germani era uno de los científicos sociales que formaba parte de esas tareas.
 - ⁴ Una versión completa de la carta puede encontrarse en González (2004).
 - ⁵ Es importante aclarar que el grueso del campo académico pasó a cumplir tareas más o menos directamente vinculadas con la guerra, ya sea en estudios de tipo estratégico como en trabajos más puntuales de perfeccionamiento lingüístico. De hecho, las universidades y sus programas de enseñanza, como también otros centros de producción de conocimiento, fueron reconvertidos de acuerdo con los objetivos de la lucha armada que se llevaba adelante contra las fuerzas del Eje.
 - ⁶ Un antecedente importante –aunque no encuadrado en la antropología– de estudios sobre lo nacional, puede hallarse en la obra de George Herbert Mead, quien reflexionó en diversos ensayos sobre la problemática de la identidad y de la integración de las minorías en el contexto nacional norteamericano, principalmente a través del concepto del otro generalizado (Mead, 1999). Además, en diversos ensayos, el pragmático norteamericano reflexionó sobre la “mentalidad nacional” y el “patriotismo” y el impacto que los contextos bélicos (en referencia a la primera guerra mundial) ejercen sobre la identidad nacional y los valores dominantes en una sociedad. Mead (2009) señalaba la capacidad que estas instancias críticas tienen para crear procesos de unidad nacional y de efervescencia colectiva.
 - ⁷ Geoffrey Gorer, (1905-1985) fue un antropólogo de origen británico que se involucró estrechamente en estudios vinculados con la política exterior norteamericana. Formado en Cambridge en la década de 1930, desarrolló sus primeros trabajos etnográficos (no intensivos) en África y Asia, trabajó siempre con conceptos psicoanalíticos e investigó temáticas vinculadas con la sexualidad, además de haber publicado obras de ficción. Se mudó a los Estados Unidos en 1939, en donde colaboró activamente con la OSS en los tiempos de la segunda guerra mundial y luego llevó adelante estudios “a distancia” sobre la “la psicología rusa”, como *The People of Great Russia: A Psychological Study*, publicado en 1950 (junto con John Rickman). Allí desarrollaron una extravagante explicación sobre el carácter nacional ruso (una dualidad entre el sentimiento de culpa y la depresión maníaca) que dependía del modo en que eran fajados los niños recién nacidos en ese país.
 - ⁸ Gregory Bateson es una de las figuras más ricas y complejas de las ciencias sociales del siglo XX. Formado como etólogo, incursionó –dejando su impronta personal– en diversas disciplinas, como la antropología social y la psiquiatría. De su etapa como antropólogo (fines de los años veinte hasta los años cincuenta), su trabajo más representativo es *Naven*, una etnografía de los iatmul de Nueva Guinea (Bateson, 1936). A contramano de su formación estructural-funcionalista, Bateson analizó los procesos dinámicos de crisis y equilibrio de la sociedad iatmul (con fenómenos de estallido, de circularidad) y la vinculación recíproca entre los individuos y la sociedad, planteando estrechos vínculos con la psicología social. A partir de la cotidianeidad y los rituales iatmul (como la ceremonia naven), Bateson había definido el concepto de cismogénesis como un proceso de diferenciación entre *ethos* contrastantes (por ejemplo lo masculino y lo femenino) que ayuda a mantener un *status quo* que es percibido en equilibrio dinámico y en el que los cambios se producen continuamente. Mientras que, por un lado, esos cambios tienden a incrementar esos contrastes *ethológicos*, por el otro equilibran esa tendencia. Por eso es que la cismogénesis puede entenderse como un proceso de diferenciación en el que las normas de la conducta individual son el resultado de la interacción acumulativa entre los individuos relacionados. Sus trabajos y conceptualizaciones (doble vínculo, cismogénesis, *feed-back*) se consideran antecedentes fundamentales en la cibernética y la teoría de sistemas (Winkin, 1990).
 - ⁹ Además del liderazgo superlativo de Talcott Parsons en Harvard, otros grandes referentes del Centro de Relaciones Sociales de esa universidad eran Jerome Brunner –desarrolló la escuela de psicología cognitiva–, George Homans –a cargo de los estudios de pequeños grupos desde un conductismo sociológico–, Samuel Stouffer

- trabajaba con las estadísticas y métodos de encuesta- y el sociólogo ruso Pitirim Sorokin.
- 10 La Fundación Ford fue creada en 1936 mediante una donación inicial de Edsel Ford de 25 mil dólares y funcionó en sus primeros años en Michigan bajo el control de la familia Ford. Se define a sí misma como “una organización no gubernamental independiente y sin fines de lucro” cuya gestión es autónoma de la Ford Motor Company. Luego de la muerte, en la primera mitad de los años cuarenta, de un par de miembros relevantes de la familia Ford (Edsel Ford y Henry Ford), la fundación incorporó progresivamente figuras ligadas a la filantropía para definir el futuro de la organización, lo que derivó en una formulación más sistemática de las políticas a seguir por todo el planeta. De esa manera, a partir de 1950, la fundación hizo público el compromiso de: apoyar contribuciones a la paz mundial y el establecimiento del orden de la ley y la justicia en el mundo; asegurar los principios básicos de la libertad y la democracia en un mundo cambiante; colaborar en el fortalecimiento y expansión de avances educativos que favorezcan la igualdad en el acceso de oportunidades y que incidan en la formación de recursos humanos en base a criterios intelectuales, cívicos y espirituales.
 - 11 La Fundación Rockefeller fue fundada en 1913 con la idea de constituir una entidad filantrópica que luchase contra aquellas fuentes de “sufrimiento humano”, según se declara oficialmente. Esta entidad se define a sí misma como una pionera de la filantropía global. En la actualidad coloca un énfasis particular en la búsqueda de lograr un mayor alcance de oportunidades en el marco de la globalización. Su directorio está compuesto por miembros destacados de disciplinas científicas, académicas y del campo de los negocios. Sus principales intereses, declarados en la actualidad, apuntan al fortalecimiento de los sistemas sociales y de salud, la conservación del medio ambiente, el planeamiento para combatir los riesgos de una urbanización acelerada y el fomento de la seguridad social y económica.
 - 12 La Fundación Carnegie fue fundada en 1905 por Andrew Carnegie, y se concibe a sí misma como un centro de investigación independiente que se propone ejecutar “aquello que sea necesario para alentar, sostener y dignificar la profesión de los educadores y la formación superior”, a través de todo el mundo, las más variadas disciplinas y los distintos niveles educativos.
 - 13 La Corporación RAND (Research and Development) se creó para actuar en conjunto con las Fuerzas Armadas norteamericanas, ofreciéndoles diversas investigaciones y análisis de situaciones sobre los intereses estratégicos de los Estados Unidos.
 - 14 Background Information of Problems of Anthropological Research and Ethics. American Anthropological Association Fellow Newsletter 8(1): 1-13.
 - 15 Ralph Beals (1901-1985) impartió clases en la Argentina en la década de 1960 en el Departamento de Sociología de la UBA, siendo el primer profesor de la asignatura antropología social, que dependía de ese departamento.
 - 16 El detalle de esos intercambios epistolares ha sido analizado detalladamente por Wakin (1992).
 - 17 Los proyectos en los que participaron Philips, Moerman y Sharp, explícitamente planteaban la necesidad de acabar con la insurgencia revolucionaria, debido a la importancia estratégica de Tailandia para los intereses norteamericanos, por su posición intermedia, en términos geográficos, entre el bloque comunista y “el mundo libre”. Los informes analizados por Wakin (1992) fueron probando que la asistencia técnica en proyectos de desarrollo fue prácticamente dejada de lado frente a la inversión en técnicas de contrainsurgencia, proveyendo asistencia al departamento de policía nacional THAI, en especial en asuntos de seguridad rural y policía de frontera, principalmente para identificar subversivos. Estos programas fueron definiéndose con mayor frecuencia hacia una coartada moral que señalaba que primero debían eliminarse los focos de insurgencia para luego sí favorecer a la población, por ejemplo a través de inversión en infraestructura.
 - 18 Eric Wolf respondió que sus juicios habían sido emitidos en calidad de individuo y no como miembro de un Comité que ya había estado solicitando a los afiliados de la AAA que enviaran sus posiciones, inquietudes y sugerencias para una eventual redacción de un código de ética. Philips le sugirió a Wolf bajar de su “Olimpo” y que al menos llamara por teléfono a los implicados para escuchar sus versiones. Incluso se defendió diciendo que fue él y no Wolf quien intentó que el gobierno norteamericano cambiara su política en Tailandia. Además lo acusó de estar guiado por sus creencias políticas y no por su posición como presidente de un Comité de Ética.
 - 19 Los miembros del Comité de Ética ad hoc reprendidos renunciaron inmediatamente.
 - 20 La utilización de las ciencias sociales para objetivos de política exterior continúa en la agenda del gobierno de los Estados Unidos. En los últimos años, los fantasmas del Camelot se reaparecieron con la formulación del Proyecto Minerva, concebido por organismos gubernamentales conjuntamente con universidades norteamericanas, con el objetivo de llevar a cabo estudios sobre el desarrollo tecnológico militar de China o las dinámicas culturales y religiosas de Medio Oriente. Todo ello con el fin de aplicación a la política exterior de los Estados Unidos (Zenobi, 2010). Otro proyecto del ejército, denominado Human Terrain System, tenía contemplado la figura de los “cultural advisors” que debían participar de las brigadas de ocupación con el fin de para

conocer las perspectivas nativas y actuar en consecuencia. La AAA se opuso tajantemente a la participación de antropólogos en ese programa por considerar esas labores como espionaje (Ibíd.).

²¹ Esta normativa se denomina Native American Graves Protection and Reburial Act (NAGPRA), sancionada por el Congreso de los Estados Unidos en noviembre de 1990.

Bibliografía

- BATESON, Gregory (1936). *Naven: A Study of the Culture of a New Guinea Tribe from Three Points of View*. Cambridge, Cambridge UP.
- FLUEHR-LOBBAN, Carolyn (2003a). "Introduction". En: Carolyn Fluehr-Lobban (ed.): *Ethics and the Profession of Anthropology. Dialogue for Ethically Conscious Practice*. Oxford, Altamira Press.
- (2003b) "Ethics and Anthropology 1890-2000. A Review of Issues and Principles". En: Carolyn Fluehr-Lobban (ed.): ob. cit.
- FOSTER, George M. (1992). *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*. México, FCE.
- FRANCO, Rolando (2007). *La FLACSO Clásica (1957 – 1973). Vicisitudes de las Ciencias Sociales latinoamericanas*. Santiago de Chile, Catalonia.
- GAZZOTTI, Luciana (2003). "La responsabilidad profesional en el ejercicio de la profesión antropológica. El caso de la comunidad antropológica norteamericana". En *Cuadernos de Antropología Social*, N° 18. pp. 141 a 161.
- GALTUNG, Johan (1968). "Después del Proyecto Camelot". *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 1 N° 30. pp. 115 a 141.
- GEERTZ, Clifford (1996). *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Barcelona, Paidós.
- GIL, Gastón Julián (2011). *Las sombras del Camelot. Las ciencias sociales y la Fundación Ford en la Argentina de los '60*. Mar del Plata, EUEM.
- GOLDMAN, Marcio & NEIBURG, Federico (2002). "Da nação ao imperio: a guerra e os estudos do «carácter nacional»". En: Benoit L'Estoile; Federico Neiburg & Ligia Sigaud (orgs.): *Antropología, Impérios e Estados Nacionais*. Rio de Janeiro, Dumará.
- GONZÁLEZ, Roberto J. (ed.) (2004). *Anthropologies in the Public Sphere. Speaking out on War, Peace, and American Power*. Austin, University of Texas Press.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José A. (1998). *Antropología (y) política. Sobre la formación cultural del poder*. Barcelona, Anthropos.
- HERMAN, Ellen (1995). *The Romance of American Psychology. Political Culture in the Age of Experts*. Berkeley, University of California Press.
- (1998). "Project Camelot and the Career of Cold War Psychology". En: Ch. Simpson (ed.): *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences During the Cold War*. New York, The New Press.
- HOROWITZ, Irving Louis (ed.) (1967). *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship between Social Science and Practical Politics*. Cambridge, The MIT Press.
- MEAD, George Herbert (1999). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires, Paidós.
- (2009). *Escritos políticos y filosóficos*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- NAVARRO, Juan José & QUESADA, Fernando (2010). "El impacto del proyecto Camelot en el período de consolidación de las Ciencias Sociales Latinoamericanas". En: Diego Pereyra (comp.): *El desarrollo de las ciencias sociales. Tradiciones, actores e instituciones en Argentina, Chile, México y Centroamérica*. Flacso-Asdi, San José de Costa Rica.
- NUGENT, David 2008 "Social Science Knowledge and Military Intelligence: Global Conflict, Territorial Control and the Birth of Area Studies During WW II". *World Anthropologies Network (WAN) Red de Antropologías del Mundo (RAM)*, N°3. pp. 31 a 65.
- PRICE, David H. (2002). "Interlopers and invited guests. On anthropology's witting and unwitting links to inteligencia agencies". *Anthropology Today*, Vol. 6, N° 18. pp. 16 a 21.
- (2003). "Subtle jeans and Enticing Carrots. The Impact of Funding on American Cold War Anthropology". *Critique of Anthropology*, Vol 4, N° 23. pp. 373 a 401.
- (2008). "Materialism's free pass: Karl Wittfogel and the "bureaucratization of guilt". En: Dustin M. Wax (ed.): *Anthropology at the Dawn of the Cold War*. London, Pluto Press.
- SALAMONE, Frank A. (2008). "In the name of science: the Cold War and the direction of scientific pursuits". En: Dustin M. Wax (ed.): ob. cit.
- SOLOVEY, Mark (2001). "Project Camelot and the 1960s Epistemological Revolution: Rethinking the Politics-patronage-social Science Nexus". *Social Studies of Science*, Vol. 2, N° 31. pp. 171 a 206.
- SPERLING, Susan (2008). "Ashley's ghost: McCarthyism, science, and human Nature". En: Dustin M. Wax (ed.):

ob. cit.

STOCKING, George W. (2006). "Unfinished Business: Robert Gelston Armstrong, the Federal Bureau of Investigation, and the History of Anthropology at Chicago and Nigeria". En: Richard Haxlender (ed.): *Central Sites, Peripheral Visions. Cultural and Institutional Crossings in the History of Anthropology*. Madison, University of Wisconsin Press.

TERÁN, Oscar (2006). *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*. Buenos Aires, Siglo XXI.

WAKIN, Eric (1992). *Anthropology Goes to War. Professional Ethics & Counterinsurgency in Thailand*. Madison, University of Wisconsin.

WAX, Dustin M. (2008). "Organizing anthropology: Sol Tax and the professionalization of anthropology". En: Dustin M. Wax (ed.): ob. cit.

WHITEFORD, Linda M. & TROTTER II, Robert T. (2008). *Ethics for Anthropological Research and Practice*. Lond Grove, Waveland.

WINKIN, Yves (1990). "La Universidad invisible". En: AA. VV: *La Nueva Comunicación*. Barcelona, Kairós.

ZENOBI, Diego (2010). "O antropólogo como «espião»: das acusações públicas à construção das perspectivas nativas". En *Mana*, Vol 2 N° 16. pp. 471 a 499.

Resumen

Durante la década del sesenta, en el seno de la la American Anthropological Association (AAA), se desataron una serie de debates vinculados con la utilización de la antropología en planes de espionaje y programas de contrainsurgencia. Episodios como el Proyecto Camelot en América Latina, o la "Controversia Tailandia", pusieron en escena el modo en que organismos oficiales norteamericanos intentaron utilizar a las ciencias sociales en el marco de la guerra fría. En este artículo se analizan, entonces, los fundamentos de los debates que en torno a aquellos sucesos conmocionaron a la antropología norteamericana. Todo ello guarda además una estrecha relación con importantes polémicas que surgieron sobre los mismos temas en las ciencias sociales argentinas.

Palabras Clave: Historia de la Antropología, Guerra Fría, Espionaje Antropológico.

Abstract

During the seventies, within the American Anthropological Association (AAA), there were some intense debates about the applications of anthropology in espionage plans and programs of counterinsurgency. Episodes like those corresponding to Camelot Project in Latin America and "Thailand Controversy", focused the procedures by which official American organizations aimed at applying social sciences within the context of the Cold War. In this article I will analyze the foundations of the debates which took place during these episodes that shocked American Anthropology. These phenomena have a strong relationship with important controversies about the same topics that appeared in social sciences in Argentina.

Key words: History of Anthropology – Cold War – Anthropological espionage